

13/9/55

*"Cada mujer es un misterio"*

Si la memoria no nos engaña, la última comedia que estrenó Carlos Cariola fué, hace ya una década, "Estos muchachos de cincuenta años" en la que el autor sondeaba con gracia y desenvoltura la difícil edad del medio siglo. Con ella, Cariola reditó el éxito que lo hiciera colocarse indiscutiblemente a la cabeza de los comediógrafos nacionales en obras tan celebradas como "Entre Gallos y Medianoche" y "¡Qué vergüenza para la familia!" cuyo reestreno sirviera para dar realce a la inauguración del Teatro SATCH. En todas sus obras, Cariola mostraba las cualidades que le deparraron el éxito: su "oficio" de comediógrafo, su gracia ligera y su punzante característica de observador de las costumbres y el decir de los chilenos.

Con estos antecedentes, cabe decir que el estreno de "Cada mujer es un misterio" decepciona un tanto. Siguen presentes en ella las virtudes señaladas, pero en el transcurso de toda la pieza se advierte una falta de rigurosidad del autor que lo hubiera llevado a darle una mayor consistencia a su trama y un mayor efectismo a sus escenas.

En la pieza que comentamos falta una sólida línea argumental. La comedia parece estar hecha sin un plan previo, los personajes, apenas delineados, cambian de actitud sin motivaciones aparentes y las situaciones cambian de giro en forma que al espectador le resulta gratuita. Sirvan de ejemplo a lo anterior, la rápida seducción de Gina a Ricardo en el final del primer acto, en circunstancias que éste ha manifestado, con fuerza, minutos antes, su total desaprobación a la presencia de la profesora de baile en su casa y se ha extendido sobre conceptos morales nada de propicios a la personalidad de Gina. La explicación que de esta situación puede desprenderse en el segundo acto, al revelarse que Ricardo conocía, como espectador de su vida artística, a Gina, lejos de justificar las primeras reacciones del adolescente, las hacen más oscuras.

"Cada mujer es un misterio", se advierte de inmediato, ha sido escrita especialmente para el

lucimiento de Alba Regina. Es posible, que en el deseo de dar ocasión a la actriz para mostrar sus condiciones de cantante, bailarina y actriz, el autor haya tenido que forzar la trama para alcanzar sus propósitos. La Regina luce bien en el escenario y se mantiene en un plano de discreción en su actuación multifacética. Este plano de discreción es, también, lo general en la actuación de la comedia. Cada intérprete realiza su papel con una propiedad aceptable sin destacar especiales cualidades. Tal vez ello se deba a lo ya anotado: la falta de consistencia de los personajes que no están dotados de clara motivaciones en sus constantes cambios de pareceres y actitudes. Pepe Rojas, da simpatía a su personaje mientras Conchita Busón actúa con su reconocida sobriedad aún en el rebuscado desenlace que podría haberla llevado a una interpretación melodramática. Tomás Alonso, actúa discretamente en su mutante personaje, sin que se justifique su traída de Buenos Aires para el desempeño de un papel que bien pudo ser interpretado por cualquier actor nacional. Teresa Piñana, demuestra sus progresos en un papel de simpática comicidad que ella realiza manteniendo la mesura aún en medio de recursos que otras actrices habrían vulgarizado. De la joven Elena Márquez, debe decirse que su tendencia a lo melodramático no se compadece con el género que interpretaba. Existen formas diferentes para demostrar enfado, preocupación y tristeza en la comedia y en el drama y sus violentos tonos e inmoderados gestos, más de una vez rompieron la unidad de actuación.

Especial mención merece la escenografía de Ricardo Moreno. En un principio ella nos resulta hermosa pero inapropiada. Su estilizada versión de cuadros y muebles en alambre produce una sensación de irrealidad que no cuadra con el estilo realista en que la comedia se desarrolla. Después, cuando las paredes se transparentan para dar lugar a los números de baile, se comprende la necesidad de tales recursos.